
Bernardo Palissy

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8944

Título: Bernardo Palissy

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 13 de julio de 2026

Fecha de modificación: 13 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Bernardo Palissy

Bernardo Palissy fue uno de esos hombres de vasta influencia en la civilización, cuya fecha de muerte se ignora. Como acontece por lo general con estos oscuros hombres del momento, la posteridad se apresura a conferirles en la historia heroica de la raza humana, un sitio de preferencia. Se les erigen estatuas, se da su nombre a las plazas públicas, se disputa acaso el sitio de su nacimiento o de su muerte. La deuda queda así pagada.

Lo que se paga, en realidad, es la deuda a la gloria y vanidad del país que le dio a luz. Pero el pago de la incompreensión contemporánea, de los dolores, de las miserias sufridas por ese hombre durante los veinte, treinta, cincuenta años en que arrastró su miserable vida de héroe, esa deuda quedará eternamente sin pagar.

Palissy había ejercido hasta los cuarenta años varios oficios y profesiones, sin descollar en ninguno de ellos. No había logrado ni siquiera hacerse rico. En esa edad tuvo entre las manos, por mero accidente, un jarrón de barro cocido y esmaltado.

Posiblemente el futuro gran ceramista no había nunca tenido ocasión de contemplar de cerca un cacharro. Como Watt ante su modelo de máquina desagotadora, Palissy se siente una sola cosa hasta el final de sus días: esmaltador.

En esa época —a mediados del siglo XVI— los italianos habían logrado hacer avanzar un gigantesco paso al arte de la cerámica. Pero en Francia se estaba aún en la infancia de los esmaltes.

Pues bien: solo entre todos sus compatriotas, y por el espacio de quince años continuos, sin tregua ni desfallecimiento, sin cejar un instante ni apartarse un milímetro de su ideal, Palissy abrasó su vida en los hornos para arrancarle el secreto de los esmaltes. Él solo, sin ayuda ni aliento de quien fuere, pues su mujer no hacía otra cosa que echarle en cara lo que ella llamaba su locura, que los privaba de pan, mientras sus hijos de tierna edad, lloraban de frío y hambre.

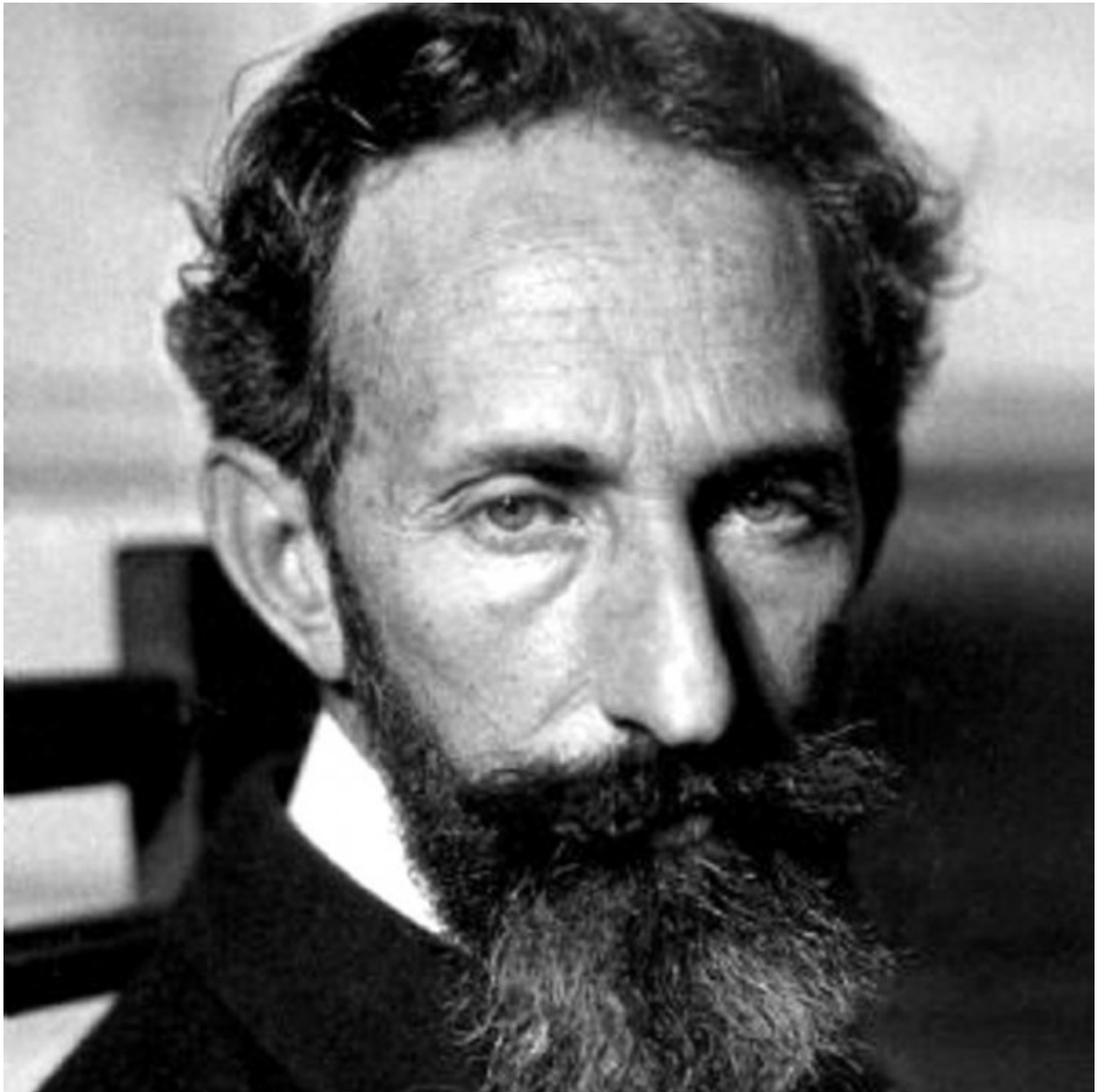
Los vecinos hablaban duramente de él, al punto de haber intervenido varias veces ante las autoridades. Noche y día, Palissy estaba ante su horno alimentando, pulverizando, cociendo, examinando sus muestras. ¡Y nada! No eran los esmaltes obtenidos los que él soñaba y buscaba.

Al final de esos quince años, llegó un instante en que el ceramista creyó hallar su divina piedra filosofal del color. En su casa no quedaba ni leña ni dinero. Echó al horno sus muebles, las mesas y las sillas. El fuego, sostenido unas horas, caía de nuevo. Echó entonces al hogar las camas de sus hijos y las tablas todas del piso, sin ver, sin oír, sin sentir nada, pues el hombre que en circunstancias semejantes oye los insultos de sus vecinos, las maldiciones de su mujer y el llanto de sus hijos, no puede decirse de él que tenga uno de esos ideales que lo arrasan con todo.

Pero con la última llamarada de ese fuego sostenido quince años, en que había quemado su vida, su hogar, el amor de su mujer e hijos y el respeto de todos; Palissy acababa de lanzar a su patria cien años adelante en el arte de la cerámica.

Este hombre extraordinario murió aherrojado en la Bastilla, no se sabe a ciencia cierta en qué fecha.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)